

EL AMBIENTE ESCOLAR EN LA ENCICLICA «DIVINI ILLIUS»

ORIGEN DE LA ESCUELA POPULAR

Antecedentes eclesiásticos

La Iglesia de Cristo, fiel a la misión magistral que de su divino Fundador recibiera —extensiva a todas las gentes y a todos los siglos— se ocupó de instruir desde sus comienzos, abriendo escuelas catequísticas para los catecúmenos, junto a las cuales surgieron pronto las escuelas catequísticas encargadas de preparar a los catequistas. Pero la perspicaz comprensión de su espíritu —que ha sido siempre característica acusada de la Iglesia— le hizo no desdeñar el saber profano, cultivándolo también como vehículo de acceso que facilita el paso a la misma cultura religiosa. Hubo, sin embargo, junto a esa aspiración —que algunos quizás califiquen de proselitista— un ideal netamente caritativo, derivado de las propias palabras de Cristo al conferir a la Iglesia, en la persona de los Apóstoles, la tarea de enseñar Caridad, que entablando batalla contra la esclavitud de la ignorancia, arrancó de sus dominios a la juventud de los tiempos medioevales, instruyéndola y adoctrinándola, principalmente en aquellas escuelas externas monacales que acogían a los no aspirantes a la vida religiosa y en aquellas otras escuelas parroquiales abiertas para los muchachos residentes en territorio circundante a la Parroquia.

He ahí el verdadero origen de la Escuela Popular. Hasta que la Iglesia no organizó la docencia pública, acudiendo solícita a llenar esa necesidad que se dejaba sentir, ésta no había existido. La Iglesia, con entrañas maternas, percibe siempre las necesidades de sus hijos antes que nadie las vea.

La escuela externa de los Monasterios es llamada en el Diccionario de Pedagogía «Labor», «*avatar*» estricta de la escuela popular moderna (1).

Más tarde fué un Santo pedagogo, San José de Calasanz, quien dió realidad efectiva a la escuela del pueblo y para el pueblo. Y esto sucedió mucho antes que Pestalozzi existiera. (Año 1597.)

Antecedentes familiares

Las Cruzadas originaron el florecimiento extraordinario de algunas ciudades. En el seno de las mismas brotó un núcleo social nuevo integrado por

(1) Tomo II, pág. 1831.

comerciantes, industriales y artesanos. Social y profesionalmente se organizaron en gremios; política y administrativamente desembocaron en el Municipio.

Durante el siglo XIII, aparecieron las primeras escuelas intergremiales. Estas no surgían como elementos de oposición a la escuela de la Iglesia. En tal sentido hubiesen carecido de fundamento porque la Iglesia jamás monopolizó la enseñanza. Si por el espacio de varios siglos la ejerció *Ella exclusivamente*, se debió a la carencia de toda otra iniciativa. Pero cuando las familias agremiadas experimentaron la necesidad de asociar a su trabajo elementos especialmente preparados para servirlo con eficacia, sumaron su propio esfuerzo al que, ya venía desplegando la Iglesia, fundando escuelas de dos clases: unas fueron prolongación de las escuelas eclesiásticas; otras tuvieron carácter elemental y surgieron como verdaderas escuelas privadas.

Es la familia, por lo tanto, la iniciadora de unas escuelas que, si bien no surgen en oposición a la Iglesia, inician ya cierta independencia de la misma.

También en estas escuelas se encuentran los orígenes de la escuela popular.

Más adelante, los Municipios, expresión político-administrativa de los gremios, abrieron escuelas propias; pero acuciados por los mismos imperativos familiares que habían originado las escuelas de los gremios.

Palabras de la Encíclica

La escuela como institución social nació, pues, por iniciativa de la Iglesia y de la familia. De ahí el derecho que asiste a Su Santidad Pío XI para expresarse de la siguiente forma en su Encíclica *Sobre la educación cristiana de la juventud*: «De suerte que la escuela considerada aún en sus orígenes históricos, es por su naturaleza institución subsidiaria complementaria de la familia y de la Iglesia; y así, por lógica necesidad moral, debe no solamente no contradecir, sino positivamente armonizarse con los otros dos ambientes en la unidad moral, la más perfecta que sea posible, hasta poder constituir junto con la familia y la Iglesia, un sólo santuario, consagrado a la educación cristiana, bajo pena de faltar a su cometido y de trocarse en obra de destrucción.» (2).

La escuela y la Religión

Cuatro son las posiciones que puede adoptar la escuela respecto a la Religión.

Primera. Escuela confesional. Profesa una religión determinada y la transmite. En países como el nuestro, donde por la gracia de Dios impera la verdadera Fe, la escuela ha de ser necesariamente católica.

(2) *Ambiente de la educación.* c) Escuela.

Segunda. Escuela neutra. Admite la religión como medio de aducción moral; pero declarándose aconfesional, no particulariza ni abraza una religión determinada. Pretendiendo mostrarse igualmente respetuosa para todas las creencias, de hecho a todas las desacredita. Rechaza lo que juzga particularismos confesionales y quiere apoyar la enseñanza religiosa sobre unos principios generales que convengan igualmente a cada religión.

Tal sistema se ha adoptado en países divididos por confesiones distintas.

Tercera. Escuela laica. Excluye de su seno la religión, desentendiéndose en absoluto de ella, cual si fuese negocio privado del individuo que ha de ventilar fuera de los ámbitos escolares. Como advierte el vacío que tal actitud origina, pretende llenarlo por medio de la educación moral. Se trata, claro está, de una moral sin religión. La escuela oficial francesa es el tipo más acabado de escuela laica.

Cuarta. Escuela antirreligiosa. Se declara enemiga encarnizada de la religión, a la que ataca sin tregua, despreciándola en nombre de una filosofía materialista, y busca desterrar a Dios del mundo, arrancándolo de las almas infantiles. Es ésta la escuela soviética.

Todas las escuelas no confesionales desembocan en la escuela atea

Tanto la escuela neutra como la escuela laica se convierten en escuela antirreligiosa. El Papa lo dice: «Tal escuela, además, no es prácticamente posible, porque de hecho viene a hacerse irreligiosa» (3).

La neutra, porque de esa actitud que admite como buenas todas las religiones, sin distinguir la verdadera de las falsas, no pueden salir más que ateos. ¿Quién será capaz durante los primeros años de la vida de mantenerse firme en su fe, si la ve equiparada a otras creencias que sabe no son verdaderas? Acabará por abandonar la suya, como una de tantas.

La escuela laica, a su vez, silenciando a la curiosidad insaciable del niño las verdades que con mayor avidez busca, le muestra en cambio unas soluciones que ninguna referencia hacen a Dios, a su alma, a su destino; problemas capitales que informan toda la vida del individuo. El mundo que ofrece la escuela laica es un mundo falso, materialista, impío en el verdadero sentido de la palabra. Porque no estar con Dios es estar contra El, y arrancar de la conciencia infantil la fe religiosa equivale a sembrar en ella los gérmenes aniquiladores del ateísmo.

Ambas escuelas, la neutra y la laica, aunque no se lo propongan taxativamente, combaten la Religión verdadera. Son, pues, escuelas antirreligiosas, escuelas impías.

(3) Cap. y ap. cit. últimamente.

Prohibición de asistir a ellas

Su Santidad no solamente las condena, sino que además renueva la prohibición expresa consignada en los Sagrados Cánones de asistir a ellas los niños católicos. Salvo casos excepcionales, estimados así por los prelados, jamás puede permitirse que los niños católicos frecuenten escuelas en las cuales corre inminente riesgo su fe.

Escuelas mixtas

Hace alusión el Pontífice a una clase de escuelas mixtas que no coinciden exactamente con el concepto que vulgarmente damos nosotros a esa denominación.

Nuestras escuelas mixtas son aquellas que, por estar enclavadas en pequeños núcleos de población, admiten indistintamente niñas y niños. Dada la escasez de matrícula, pueden obviarse sin grandes dificultades los peligros que entraña la convivencia de ambos.

Se refiere el autor de la Encíclica a escuelas a las cuales concurren niños católicos con otros que no lo son. Y como están especialmente concebidas para acogerlos a todos, o se conducen según los tipos ya descritos, o toleran la instrucción religiosa separada de los creyentes, que en todo lo demás permanecen mezclados con los niños católicos, recibiendo en común la enseñanza de las otras disciplinas.

Escuela única

Aun hay otro problema que acentúa la gravedad de las cuestiones planteadas. Es el de la escuela única. Todavía nos duelen los oídos de tanto haber oído repetir esta palabra. Pasó su amenaza, afortunadamente, para nuestra patria. Pero bueno es enfrentarse con la cuestión, porque la aborda la Encíclica y porque conviene sobremedida poseer ideas claras de unos principios que se nos quisieron imponer y, más o menos disfrazados, pudieran quizás algún día presentarse de nuevo.

¿Cuáles son los fines esenciales que la escuela única persigue? Pueden reducirse a dos. Primero, desaparición de las distintas clases sociales, fundiéndose todas en una.

Lo que no logran ver realizado los partidos políticos de vanguardia izquierdista, ni ha conseguido alcanzar la llamada lucha de clases, se encomienda a la escuela. Si el Estado rechaza toda colaboración docente, negando este derecho a los particulares y a la Iglesia, y se erige árbitro de la educación,

imponiendo sus escuelas a todos los ciudadanos, a ellas han de concurrir forzosamente todos los niños sin distinción de clase social ni de posición económica. Así, en fuerza de una convivencia obligada y de una igualación educativa irrealizable y absoluta, acabarán por desaparecer todas las diferencias. De la escuela única tienen que salir ciudadanos uniformemente iguales, bien avenidos dentro de una clase social indiferenciada.

El único país donde se ha implantado con todo rigor este tipo de escuelas es Rusia. Pero allí se ha hecho porque se empezó suprimiendo todas las escuelas.

Hoy no existe nada más que la del Estado —escuela única realmente—; pero es dejando en la calle por falta de escuela una considerable población infantil que encuentra en el pillaje la mejor escuela comunista.

Segunda finalidad que asignan sus defensores a la escuela única: facilitar el acceso de los capaces, sin tener en cuenta sus posibilidades económicas, a los centros docentes superiores.

Esta aspiración que se ha querido vincular a la escuela única puede alcanzarse sin necesidad de ella. Nuestra legislación escolar posterior a la guerra de 1936 permite a los niños superdotados de condición humilde elevarse al puesto que merecen, cursando estudios medios y superiores con la protección oficial del Estado.

No hace falta, pues, que sea la escuela única quien descubra esos talentos y los exalte.

La escuela única, señuelo de incautos

Se presenta la escuela única para señuelo de incautos. En el fondo se pretende con ella instaurar un régimen docente primario francamente abusivo y atropellador de los derechos de la familia y de la Iglesia.

La escuela única se abre a todos los niños, indiferente a su religión, a la clase social de que proceden y a su sexo. Es, por lo tanto, una escuela democrática, laica y de régimen coeducativo.

Como no hay posibilidad de que los niños asistan a ninguna otra escuela, han de convivir mezclados los hijos de los católicos y los hijos de padres impíos o de padres que profesen otra religión cualquiera. Todos sabemos lo que esa convivencia produce.

Para no herir sentimientos, la escuela única se abstiene de plantear ante sus alumnos el problema religioso; y si surge sin haberlo ella planteado, como no está dispuesta a resolverlo lealmente dentro de términos exactos, lo falsea, trastornando la vida espiritual del niño. Es decir, por mantenerse fiel al laicismo se hace antirreligiosa.

Lesiona el derecho de los padres

Quizás pudiera argüirse que en países de mayoría católica cual el nuestro fuese tolerable y acaso conveniente la implantación de la escuela única. Falaz engaño. El derecho de los padres a confiar libremente la educación de sus hijos a quien ellos estimen más acorde con sus legítimas aspiraciones no puede burlarse. Si no existe otra escuela que la del Estado, la libre elección queda frustrada.

Arma política

Aparte de todo, esta escuela se concibe únicamente como arma política. Para forjar un pueblo —por la fuerza bruta del poder estatal— según los moldes políticos fraguados por ese mismo poder, el arma que mejores resultados alcanza es la escuela única. Ahí está como prueba fehaciente el pueblo ruso con su escuela única comunista. La escuela racista alemana tuvo ese mismo carácter; pero el ensayo fué de más corta duración que el soviético.

La escuela debe ser católica

La escuela debe ser católica. Únicamente así llenará cumplidamente su misión.

Escuelas que se llaman católicas y no lo son

¿Qué hace falta para que una escuela no sólo se llame católica, sino que lo sea?

Muchos centros educativos ostentan este título. ¿Responde en ellos la etiqueta el verdadero espíritu que los informa?

Ciertamente, dentro de su recinto no se dan enseñanzas contrarias a la Fe. Es más: en el horario figura la Religión como asignatura, a la que se presta una atención conveniente. A pesar de ello, profundizando un poco, adentrándose por el espíritu de aquellos niños, se echa de ver que la Religión no penetra hasta la medula, no constituye allí un modo de ser tan íntimo y natural que todo se enfoque y enderece bajo el hábito vivificante de la Fe.

¿Por qué sucede de esa manera?

Rememoremos tiempos pretéritos, cuyas dolorosas y aleccionadoras experiencias no debiéramos perder jamás de vista.

Las sacudidas político-religiosas que se sucedieron en España a partir del

año 1931 produjeron el despertar de muchas conciencias, que midieron entonces el valor del bien que se les quería arrebatarse. Otras, en cambio, transigieron con aquellas corrientes.

¿Por qué tanta claudicación?

El Catolicismo había tenido cabida hasta entonces en la enseñanza oficial. Multitud de centros poseían un largo historial educativo, bajo el signo de Institutos y Congregaciones religiosas. ¿Cómo había sido posible un cambio tan radical?

Acaso la escuela que durante tanto tiempo se llamó católica no supo llenar su cometido, dándole la trascendencia que encierra. Enseñó Religión, pero no formó conciencias robustecidas por convicciones firmes, espíritus aguerridos dispuestos a todo en defensa de la verdadera Fe. Aquella escuela no supo impregnarse íntegramente de la religiosidad que formulariamente enseñaba.

Cómo tiene que ser la escuela católica

¿Qué hace falta para que la escuela se llame y sea de hecho católica?

Oigamos lo que dice el Papa: «No basta el solo hecho de que en ella se dé instrucción religiosa (frecuentemente con excesiva parsimonia) para que una escuela resulte conforme a los derechos de la Iglesia y de la familia cristiana y digna de ser frecuentada por alumnos católicos. Para ello es necesario que toda la enseñanza y toda la organización de la escuela: maestros, programas y libros, en cada disciplina, estén imbuidos de espíritu cristiano bajo la dirección y vigilancia materna de la Iglesia, de suerte que la Religión sea verdaderamente fundamento y corona de toda la instrucción en todos los grados, no sólo en el elemental, sino también en el medio y superior.»

Cómo ha de ser la escuela católica

Esa es la escuela que nosotros, católicos, propugnamos y defendemos, adheridos al sentir de la Iglesia.

Escuela penetrada totalmente de catolicismo, saturada de religiosidad, impregnada de fe. Escuela que busca, sobre todo, formar las almas que se le confían, según la propia imagen de Cristo, cooperando con la divina gracia.

Lo que hace falta para que una escuela sea católica

Para esto son contraproducentes esos alardes fatuos de religiosidad, que ocultan el más espantoso vacío.

No es necesario tampoco imponer a los niños unas prácticas piadosas, propensas al cansancio y a la rutina. Porque se rece excesivamente en una escuela

—si se abandona mientras la sólida formación de los niños— no merece el dictado de religiosa.

Es absolutamente indispensable que el muchacho y la jovencita, al abandonar la escuela para dar comienzo a las ocupaciones que asentarán su vida económicamente, posean una concepción del mundo y de la existencia humana, ajustada perfectamente a las enseñanzas de la Iglesia y que hayan adquirido además la autodisciplina indispensable para salvar los riesgos que a cada paso pueden encontrar.

Es decir: que importa sobre todo formar. Formación que no excluye, naturalmente, la cultura religiosa ni los actos de piedad, sino que, abarcándolos, ilustra el entendimiento y robustece la voluntad, entrena en la práctica de las virtudes y pone al sujeto en condiciones de ganar ese premio último que constituye la verdadera meta de la vida.

El plan propuesto por la Encíclica

Esto se logra realizando el plan trazado en breves palabras por Pío XI en la Encíclica.

Toda la enseñanza y toda la organización de la escuela tienen que estar imbuidas de espíritu cristiano. Esa organización total de la escuela comprende maestros, programas y libros.

Maestros

Ante todo, el maestro. Si él no siente y vive la Religión, inútil es pretender que sus alumnos la vivan y la sientan.

Si el maestro no sabe que en ningún momento es lícito al católico obrar disociado del carácter de su condición de hijo de la Iglesia ha de imprimir ininterrumpidamente a todos sus actos, y es uno cuando cumple deberes religiosos y otro distinto durante el resto del día, mal puede infundir en sus alumnos esa actualidad perenne que impone, naturalmente, a la vida del hombre la sólida formación religiosa, obligándole a ser siempre en sus obras consecuente con sus creencias.

Maestros católicos hacen falta, sobre todo, para conseguir escuelas católicas. Lo demás viene por añadidura.

El maestro católico, impregna los programas de ese sentido que orienta su vida y selecciona los libros escolares con igual criterio, no permitiendo que en manos de los niños caigan instrumentos de extravío, ni siquiera sombras de frialdad capaces de hacer tibios sus entusiasmos fervorosos.

Hijo sumiso de la Iglesia, no sólo vive sometido a sus mandatos, sino que busca su superior dirección y acoge con gratitud el solícito interés que dispensa a la escuela mediante su vigilancia maternal y prudente.

Ese maestro no tiene que esforzarse para hacer de la Religión el fundamento y la corona de toda la obra escolar, como el Pontífice reclama, porque semejante aspiración constituye el ideal más caro de su actuación profesional.

Por eso, con el mayor acierto puede afirmar Su Santidad que «las buenas escuelas son fruto, no tanto de las buenas ordenaciones, cuanto principalmente de los buenos maestros».

Responsabilidades del maestro

De ahí la responsabilidad que al maestro alcanza en el ejercicio de su cometido. Responsabilidad que le obliga incesantemente a procurar su perfeccionamiento propio, prenda segura del logro de sus fines profesionales.

Por lo mismo son dignas de alabanzas esas Asociaciones y Congregaciones en cuyo seno encuentra el maestro medios encaminados a enriquecer su vida espiritual.

Lo dice el Pontífice, con gran elogio hacia los que tan rectamente conciben la trascendencia de la misión que Dios les ha confiado. Meditemos sus palabras llenas de gratitud, por el estímulo que ellas encierran, y queden vivas en la conciencia de cada uno, como lección provechosa de todo lo que antecede:

«Nos llena el alma de consolación y de gratitud hacia la Bondad Divina al ver cómo justamente con religiosos y religiosas dedicados a la enseñanza, un tan gran número de maestros y maestras excelentes —aun unidos a veces en Congregaciones y Asociaciones especiales para cultivar mucho mejor su espíritu, las cuales por eso son de alabar y promover como nobilísimos y potentes auxiliares de la Acción Católica— trabajan con desinterés, celo y constancia, en la que San Gregorio Nacianceno llama «arte de las artes y ciencia de las ciencias» (4).

FRANCISCA MONTILLA

Inspectora de Enseñanza Primaria

(4) Cap. y ap. citados.